

LIGNUM CRUCIS



LA ESTELA DE LA GRAN CRUZ

ROBERTO VILLARREAL DOMARCO

Año 1893. El arzobispo de Burgos, Manuel Gómez de Salazar, fallece después de vender todos sus bienes y legar al Vaticano una suma equivalente a tres millones de euros.

Él es el último propietario conocido de la Gran Cruz de Fernán González, primer conde de Castilla, y «padre» de la España actual. A su muerte se lleva a la tumba el secreto del paradero de uno de los mayores fragmentos conservados en Occidente del madero que soportó la agonía de Jesucristo.

Año 2014. Más de 120 años después, Sara Guzmán, conservadora del Museo del Prado, se ve inmersa en un maquiavélico rompecabezas que, tras la pista de la legendaria reliquia medieval desaparecida, la convertirá en una incómoda amenaza para el poder oculto de los últimos mastines del tardo-franquismo, a la vez que la obligará a conjurar sus propios fantasmas personales.

A Natalia, que siempre ha confiado en mi talento más que yo mismo

Nota del autor

En esta historia conviven personajes reales e imaginarios en una mezcla –espero que atractiva para el lector– de rigor histórico y ficción. Sin embargo, todas las obras de arte sacro y los lugares de culto que aparecen en la novela son verídicos. El tesoro de San Pedro de Arlanza, monasterio en ruinas ubicado en las cercanías de la villa de Covarrubias –provincia de Burgos– permanece diseminado por todo el mundo, desde Cataluña a Estados Unidos. La Gran Cruz de Fernán González, joya de la corona del cenobio, permanece desaparecida desde hace 120 años sin que existan pistas sobre su paradero.

Preámbulo

El misterio de Fray Diego

La papada de aquel inmenso globo disfrazado de benedictino temblaba al caminar como un flan de gelatina sacudido por un seísmo. La atmósfera gélida de la madrugada había teñido de rosa las facciones de un rostro porcino tan lucido, entre querubín y lechón, que parecía sacado de un calendario de cocina monacal. Los zapatones baratos del cuarenta y siete, de suela sintética, protestaban anónimamente a cada paso, sin llegar a quebrar el silencio casi absoluto de una penumbra que se iba desperezando minuto a minuto. Apenas el leve tintineo de una cuchara sumergida en el tazón de leche con sopas marcaba el ritmo sonoro de un ritual que se repetía cada amanecer desde hacía meses.

Tan singular versión de la foca-monje, que por algún capricho divino había tomado los hábitos –anclados al tremendo barrigón con un cinto que desafiaba las propiedades elásticas del cuero–, levantó un instante la mirada de la bandeja de madera que sostenía con diez dedos tan gruesos que parecían a punto de explotar en cada articulación.

A su derecha se dibujaba la silueta espigada del ciprés más famoso del orbe católico, inspiración de poetas ilustres y eje del asombroso conjunto del monasterio de Santo Domingo de Silos. Fray Anselmo había leído que lo rodeaban mil años de sabiduría y exquisitez artística, pero él

siempre se había sentido más cerca de Dios delante de un buen estofado.

Su paraíso estaba entre cazuelas y fogones, pero no pudo evitar sentirse sobrecogido. Apenas fue una décima de segundo, lo suficiente para no perder la concentración con que trataba de paliar la torpeza de sus movimientos. Rápidamente recordó la paciencia con que le habían inculcado el buscar al Señor en las pequeñas cosas, si bien todavía le costaba motivarse más allá de la tiranía de sus papilas gustativas. De regreso a los equilibrios del desayuno, utilizó el volumen de sus posaderas de paquidermo para empujar levemente el portón de la celda, entornado como cada noche.

—Es la hora de sus gachas, fray Diego, —susurró mientras sus ojillos somnolientos se acostumbraban a la oscuridad.

De haberse podido contemplar, atónito ante la cama vacía y sin deshacer, fray Anselmo se hubiera sorprendido de cómo esos párpados abotargados recobraban de golpe la elasticidad y se abrían desmesuradamente hasta darle el aspecto de una lechuza ante un pelotón de cazadores. Fue justo antes de que la bandeja se le cayese de las manos con un ruido —incluso en suelo sagrado— de mil demonios.

1

Los ojos de la Virgen de las Batallas

Sara Guzmán contemplaba absorta las dos gemas de brillante negro azabache que llenaban las cuencas oculares en el rostro de la Virgen de las Batallas. Le conferían una expresión hierática, profundamente misteriosa. La familia Entrecanales, al timón de la multinacional española Acciona, había adquirido a finales de los noventa la espléndida imagen de cobre dorado que tenía sobre su mesa, sin duda uno de los esmaltes medievales más valiosos del mundo, y la había donado al Estado español a cambio de pingües beneficios fiscales.

Sintió un escalofrío. La quietud de aquellas pupilas desmesuradas, que habían sobrevivido a los últimos ocho siglos desde que vieran la luz en la ciudad francesa de Limoges, le provocaba un cierto desasosiego. La hacía sentir como desnuda, más vulnerable de lo que se permitía una consumada especialista como ella en chalecos antiemociones. Como conservadora-jefe del Museo del Prado, la había perseguido por medio mundo durante los dos últimos años hasta que por fin recibió en Londres la orden telefónica de pujar hasta el final en la mayor subasta de arte medieval celebrada jamás por Sotheby's.

Sara se removió en su vetusto sillón orejero, deformado por su trasero a fuerza de horas de estudio hasta lograr un molde de precisión, que reinaba entre el mobiliario de campaña de un pequeño cubículo perdido en el inmenso

edificio de la Castellana. Entre viejos estantes, cientos de libros e irreductible papeleo, en aquel escondite se ponía a salvo de las hordas de turistas cuando necesitaba concentrarse. Se puso en pie, y aprovechó para alisarse la falda de un elegante traje sastre mientras daba vueltas en torno a la estatuilla como un depredador a punto de saltar sobre su presa. Vestía con clase. De forma inconsciente, pasó varias veces sus manos sobre unos muslos firmes, bien torneados gracias al gimnasio y a una dieta tan estricta como ella.

Se apartó un mechón del flequillo con un gesto automático. Sara ya empezaba a peinar canas, pero no escatimaba en peluquería y su media melena morena lucía impecable. Se detuvo a paladear cada detalle de la adquisición más importante en sus cuarenta y tres años de vida. La delicada escultura, de apenas medio metro de altura, mostraba a la Madre entronizada con Jesús en las rodillas. Como un fósil de dinosaurio, pertenecía a un mundo extinguido, aunque había surcado milagrosamente el océano del tiempo hasta el siglo XXI. A modo de peaje por su épica singladura, había perdido el fulgor de la pátina dorada original y los bellos esmaltes que la adornaron.

Sara posó las yemas de los dedos en las oquedades de una corona regia, allí donde otras manos más codiciosas habían robado las piedras semipreciosas que remataban la figura. Acarició el exquisito repujado del metal y la textura desgastada de las mejillas. Se palpó las suyas y se preguntó cómo soportaría ella los achaques de la edad. Nadie podría definirla como una cara guapa, pero sí como una mujer de cierto atractivo a la que le daba pánico cruzar esa frontera tras la que desaparece la pulsión sexual de la mirada masculina. Con sacrificio, constancia y hasta un punto de obsesión, se empeñaba en ralentizar los estragos que ella, al contrario que su legión de aduladores, sí comenzaba a percibir en su rostro y en su cuerpo.

La escultura desprendía un magnetismo perturbador. Seguro que lo habían percibido el duque Antonio de Orleans, la baronesa Kerchove, Paula de Königsberg, los Kofler-Truniger, Edmund de Unger... ¿Qué emanaba de aquel trozo de metal para cautivar, uno tras otro, a algunos de los más grandes coleccionistas del mundo? Mientras documentaba el valor de la pieza, Sara había descubierto otras vírgenes *de las batallas* en Salamanca, Sevilla o Artajona... Sin duda las había más hermosas, pero ninguna podía competir con su legendario pasado; los antiguos cronistas aseguraban que Fernán González, el primer conde de Castilla, la llevaba consigo durante sus campañas militares, y en su interior transportaba las formas consagradas para comulgar junto a sus caballeros antes de entrar en combate contra los sarracenos.

Con su carácter tenaz y gracias a la influencia del eminente catedrático Eduardo Muro, su mentor y más que un padre para ella, Sara se había convertido en una de las mayores expertas de Europa en arte medieval. Tomó una lupa para examinar los remates de lapislázuli en el pecho del Niño, y recordó sus largas conversaciones con Eduardo sobre la figura de Fernán González, justo antes de viajar a Londres con los asesores financieros de José María Entrecanales de Azcárate. Sabía que, por un simple cálculo cronológico, era imposible que el mítico caballero castellano se hubiera postrado jamás ante aquella imagen.

—Fernán González —le había bombardeado el profesor Muro con su abrumadora erudición— fue enterrado en tierras de Burgos, en el monasterio de San Pedro de Arlanza hacia el año 970, por lo que difícilmente pudo rezar a una Virgen del siglo XIII...

—O sea, otro cuento más de los curas para mezclar a su Dios verdadero en las victorias de la Reconquista... —replió Sara.

—No vayas tan rápido, he hecho algunas consultas, y la pieza es una inversión segura, de manual. Tus jefes pue-

den babear tranquilos. Está registrado que permaneció en la torre del tesoro de Arlanza hasta 1836, así que posee un valor histórico incalculable.

–Ya, pero nada comparable con el que alcanzaría algún objeto personal de Fernán González...

–Hija mía, eso es harina de otro costal. Conozco a alguno que mataría por poseer cualquier cosa con mil años de antigüedad, y no te digo nada con semejante carga simbólica... Todos, con más o menos intensidad, somos fetichistas por naturaleza; piensa en las locuras que se pagan por una bota de Maradona, un guante de Michael Jackson o una cena estúpida con Brad Pitt...

–Bueno, no tan estúpida... –bromeó Sara con un ademán pícaro.

–Pues imagínate de lo que estamos hablando. El condado de Fernán González fue la piedra angular sobre la que se construyó la nación que conocemos hoy, con sus hazañas bélicas frente a los moros y una habilidad innata para las alianzas, como germen del futuro Reino de España. Un héroe menos famoso que El Cid, pero infinitamente más relevante. Nos hemos olvidado muy rápido de que hace menos de cincuenta años seguían desapareciendo personas bajo el mismo ideal patriótico. Una, grande y libre, ya sabes... Los jóvenes no tienen memoria, ya no distinguen las imágenes en blanco y negro del Nudo de una película de mosqueteros, pero en realidad las heridas son tan recientes... Cataluña o el País Vasco hacen mucho ruido con sus sueños de independencia, pero el dinero, el poder verdadero, sigue en manos de las familias de siempre. Entenderás que no les hace ninguna gracia que reescriban la Historia a su antojo, pisoteando a sus antepasados, y sobre todo sus intereses. Hay gente, podríamos decir de extrema derecha, que no reconoce este país. No exagero si te digo que no les temblaría el pulso con tal de conseguir algún vestigio auténtico del Conde, para mí el mayor icono del nacionalismo español...

II

El eco de los miedos del profesor Muro todavía rebotaba en su cerebro cuando Sara notó un cosquilleo en la nuca, como si la observaran. Se giró de inmediato:

–Hola, hermanita, ¡cuánto tiempo!... veo que mantienes la celulitis a raya, sigues teniendo un culo perfecto... Dídac Conde Montblanc y Sicilia era un guaperas treintañero, alto, de rostro angulado y sonrisa de anuncio. De ojos chispeantes, todo en él transmitía el descaro mundano de un superviviente nato, un simpático caradura de mente despierta y una autoestima que rozaba la chulería.

Sara ni siquiera contestó. Cerró los ojos y exhaló un largo suspiro antes de darse la vuelta lentamente. Todavía en silencio, se apoyó con los nudillos sobre la mesa.

–No hace falta que seas tan efusiva... sí, sí, yo también te quiero... –bromeó Dídac para aliviar la tensión, sin lograr el mínimo atisbo de tregua.

–¿Se puede saber qué coño haces aquí?, le espetó Sara a bocajarro.

–A ver si cuidamos esa boquita, que nuestro padre se ha gastado una fortuna en colegios para hacer de ti una señorita.

–Yo no tengo padre, y no sé cómo tienes las santas pelotas de aparecer por aquí... ¿A qué vienes, a ver qué me sonsacas para tu próximo chanchullo? Si quieres te puedes llevar directamente esta virgen, así te ahorras volver a tomarme por imbécil.

Sara lo taladró con una mirada gélida.

–Lo mejor es que te largues antes de que llame a seguridad...

–Mira que eres rencorosa... vale, reconozco que me pasé, pero tus notas sobre las antiguallas que se amonto-

naban en aquella casona de campo de Tarragona eran una tentación demasiado grande. En fin, dos años a la sombra dan para pensar mucho, y te prometo que he cambiado.

—La estupidez no se evapora así como así, ni siquiera entre rejas.

La última vez que se habían visto, Sara estaba finalizando un estudio técnico encargado por el Gobierno de Aragón para reclamar por vía judicial el relicario de Santa Waldesca, una joya procedente del monasterio de Sigena que misteriosamente había ido a parar a la colección particular de un descendiente del barón de Llorach y que, al parecer, se conservaba en una casa solariega de Riudecols. Todavía no comprendía cómo se las había apañado Dídac para saquear su informe, pero sí conservaba el regusto de un mal presagio cuando leyó la noticia de lo que la prensa bautizó como un nuevo *robo del siglo*, con cientos de piezas sustraídas —entre ellas el famoso relicario con los huesos de la santa— que su propietario tasó en 300 millones de euros. Demasiada casualidad.

Ya por entonces no quedaba en ella ni sombra de la pardilla que habitó en su cuerpo durante años. Había aprendido a base de decepciones a no bajar la guardia, pero Dídac era su debilidad. La detención y posterior condena de su hermanastro como cerebro de una banda de chapuceros, con el jardinero de la masía como jefe de operaciones, confirmó su oscura intuición. Solo después de muchos meses fue capaz de olvidar cómo le flaquearon las rodillas al enterarse. Quería convencerse de que la herida había cicatrizado, pero sintió en el estómago que el regreso de Dídac le ablandaba las suturas. No había rincón en el mundo donde escapar al estigma de su familia, ni siquiera en aquella sórdida mazmorra.

—Eres un auténtico cabronazo egoísta —disparó Sara—, podías haber sentenciado toda mi carrera.

–De verdad que lo siento, Sara, fue una estupidez de colegial confiar en aquellos idiotas...

–El verdadero idiota, con mayúsculas, lo tengo delante y se cree un genio, el rey de los ladrones de guante blanco... como su padre. De tal palo tal astilla, no sé cuál es más corto de los dos.

–Te recuerdo que es nuestro padre; por mucho que te quieras esconder de él y que te niegues a conservar su apellido, llevas su sangre, igual que yo.

–A mí al menos me queda alguna neurona sin atrofiar.

–Será que están congeladas, como casi todo lo que toca Doña Perfecta. –Al instante, Dídac supo que su vena graciosa le iba a salir cara.

Sara contuvo la rabia que le subía por el esófago y trató de contar mentalmente hasta cinco para no explotar. Era un hábito que había perfeccionado para no perder los estribos, pero solo pudo llegar hasta tres.

–Lárgate de una puta vez con esa chusma patibularia que te aguanta y déjame en paz, que estoy ocupada. Sal de mi despacho y de mi vida.

–Perdona, no quería pasarme... Solo dime qué tengo que hacer para que me perdones... Antes de que Sara pudiese abrir la boca, su espigado hermanastro había hincado las rodillas en el suelo con una expresión bobalicona de cachorro indefenso.

Nada más verle en el quicio de la puerta, sabía que la guerra de afectos con Dídac estaba perdida. No aguantaría mucho ante sus trucos de fullero, pero al menos quería que mordiera el polvo en una batalla. La atrevida inconsciencia con que su hermanastro navegaba por la vida desde que eran niños la sacaba de sus casillas.

–¿Crees que me voy a calmar a base de quijotadas? Por mí, como si quieres hacer el camino de Santiago de rodillas... A lo mejor te sirve con tus fulanas, o con los amigos de la cárcel, pero yo era tu hermana. Me dejaste tirada a los pies de los caballos, y ahora reapareces en mi

despacho haciendo el payaso de una forma patética. Para colmo tengo que aguantar las gracietas del niño.

–Yo no quería... –Los ojos verdes de Dídac habían perdido el brillo de la insolencia.

–Desde que te detuvieron, cada mañana esperaba la visita de algún inspector de policía para indagar sobre ti, nosotros, mi pasado, papá... ¿pero qué clase de mierda tienes en la cabeza? Los periodistas no son tontos, y gracias a tu hazaña la Policía estuvo encantada de refrescar los golpes legendarios de Juan *El Conde*, el mayor ladrón de arte sacro del último siglo. Imagínate los titulares, dos generaciones de sinvergüenzas, y los dos encarcelados por la espectacular eficacia de los agentes, bla, bla, bla... Ya te sabes el rollo de sobra.

III

Sara se derrumbó en el sillón, agotada por la tensión. Se observaron en silencio. Poco a poco, mientras bajaban las pulsaciones, los sentimientos dormidos volvieron también a su cadencia habitual.

–¿Sabes algo de papá? –rompió el hielo Dídac.

–Ni sé nada ni quiero saberlo. Me da asco. Imagino que sigue perdido en su mansión del Roc de Sant Gaietà.

–No puedes seguir así toda la vida. Él te sigue queriendo en la distancia...

–Pues yo no quiero saber nada de un tipejo que arriesgó la vida de mi madre por uno de sus robos magistrales. Tenía que ser recordado como el más listo, el más audaz, y ¿qué consiguió? Ser el padre capullo de una niña huérfana. Que le aprovechen sus millones y su leyenda, pero a mí que me olvide.

–Nadie sabe bien lo que pasó... a veces pienso que tendrían que estudiar tu caso para aislar el gen de la tozu-

dez...

El sonido de pasos cerca de la puerta cortó en seco la verborrea de Dídac, que se puso en guardia y se tensó por puro instinto.

–Buenos días jefa, le traigo el café y el correo –saludó cabizbajo un tipo de melenita castaña, mediana estatura y brazos llamativamente fibrados.

Como un funambulista de tercera, intentaba no derramar dos vasitos marrones de máquina mientras sujetaba varios sobres bajo la axila. Su espalda empujó con torpeza la puerta entornada. Vaqueros de cintura baja, Converse desgastadas y camiseta azul eléctrico con las simpáticas vacas de Kukuxumuxu... nada concordaba con un rostro, en la frontera de los 35, en el que asomaban las primeras huellas de la edad. Cuando Julio Balenciaga levantó por fin la vista y vio a Dídac, ni siquiera el disfraz de adolescente tardío y las modernas gafas de pasta sirvieron de escondite a una mirada tímida y desconcertada.

–Ups, lo siento mucho Sara, hubiera llamado, pero iba sin manos... perdón, perdón por la intromisión, te dejo aquí las cartas y me esfumo.

Antes de que a Sara le diese tiempo a abrir la boca, el siempre caprichoso pie de Julio se empeñó en flirtear con la pata de la silla, y el intento de huida terminó en una de las catástrofes domésticas que solo él era capaz de fabricar con tan escaso material bélico a su alcance.

La voz de ultratumba de Julio era apenas un hilillo inaudible.

–Iré a por otro café y algo para limpiar todo esto.

–Si yo ya me iba, te felicito hermanita... qué fenómeno has fichado... Los ojos burlones de Dídac revelaban que Julio le había caído en gracia.

–Te presento a mi mejor becario, bueno, más bien mi único becario –sonrió Sara en una mueca de desdén–. Además de un patoso patológico, es ingeniero informático. Ahí donde lo ves, es un genio de los ordenadores al